

— Le diré que quiero se sentencie mi pleito, y como nada puede negarme de resultas del servicio que le he prestado, dirá al rey que ese es su gusto. S. M. hablará al canciller, y ya sabéis, señor duque, que el brazo del canciller se extiende á larga distancia... Maese Flageot, hacedme el favor de estudiar bien mi pleito, porque entrará en turno más pronto que lo que creéis; yo os lo aseguro.

Maese Flageot volvió la cabeza con un aire de incredulidad que no hizo variar de opinión á la condesa.

Durante este tiempo había reflexionado el duque, y dijo:

— Puesto que vais á Luciennes, señora, tened la bondad de hacer allí presentes mis respetos.

— Con mucho gusto, señor duque.

— Somos compañeros de infortunio, y vuestro pleito está en desgracia lo mismo que el mío; de suerte que lo que hagáis por vos lo hacéis por mí... Además, podéis manifestar cuánto siento la terquedad del parlamento, añadiendo que yo soy quien os ha dado el consejo de que recurráis á la diosa de Luciennes.

— No dejaré de hacerlo, señor duque. Adiós, señores.

— Dispensadme la honra de aceptar mi mano para subir á la carroza. Adiós, maese Flageot, os dejo entregado á vuestras ocupaciones.

El mariscal acompañó á la condesa hasta el carruaje, y en seguida dijo:

— Rafté tenía razón; los Flageot van á hacer una revolución cuando, gracias á Dios, estoy afiliado en los dos partidos. Soy de la corte y del parlamento: la Dubarry va á caer por engolfarse en la política; pero si resiste el golpe, en Trianón tengo una mina. Está visto que ese diablo de Rafté pertenece á mi escuela, y el día en que sea ministro será preciso nombrarle jefe de mi gabinete.

En que las cosas se enredan cada vez más

Madama de Bearn siguió al pie de la letra el consejo de Richelieu, y dos horas y media después que el duque la dejó, estaba ya haciendo antesala en Luciennes, en compañía de Zamora.

Como hacía ya algún tiempo que no se la había visto en casa de madama Dubarry, su presencia produjo un efecto de curiosidad en el retrete de la condesa, al anunciar su nombre.

El señor de Aiguillon no había perdido tampoco el tiempo, pues formaba sus complós con la favorita, cuando se presentó Chon á pedir audiencia para madama de Bearn.

El duque quería retirarse, pero le retuvo madama Dubarry diciéndole:

— Prefiero que os quedéis. En el caso de que mi vieja pedigüña venga á solicitar algún empréstito, me será muy útil vuestra presencia, porque de ese modo me pedirá menos.

Por consiguiente el duque se quedó.

Madama de Bearn, con un semblante adecuado á las circunstancias, tomó enfrente de la condesa el sillón que ésta le ofrecía, y después de sus respectivos cumplimientos:

— ¿Puedo saber á qué feliz casualidad debo vuestra visita? preguntó madama Dubarry.

— ¡ Ah ! señora, respondió la vieja pleitista, ¡ á una gran desg racia !

— ¿ Pues qué hay, señora ?

— Una noticia que ha de afligir mucho á S. M.

— Decid pronto esa noticia, señora.

— Los parlamentos.....

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo entre dientes el duque de Aiguillón.

— Este caballero es el señor duque de Aiguillón, se apresuró á decir la condesa temerosa de alguna mala inteligencia.

Pero la vieja condesa era tan astuta como todos los cortesanos reunidos, y nunca cometía un error sino á sabiendas y cuando podía serle útil.

— Bien conozco, dijo, todas las infamias de esos golillas y su ningún respeto hacia el mérito y el nacimiento.

Este cumplimiento disparado al duque á quema ropa valió un obsequioso saludo de éste á la pleitista, al que ésta contestó levantándose.

— Pero, prosiguió, no se trata ya del señor duque, sino de toda la población : los parlamentos se niegan á funcionar.

— ¡ En verdad ! exclamó madama Dubarry recostándose en su sofá. ¡ Conque no habrá ya justicia en Francia ! Y bien, de ahí ¿ qué resultará ?

El duque se sonrió. Madama de Bearn, en lugar de echar la cosa á broma, se puso aun más sombría de lo que estaba, y dijo :

— Es un gran desastre, senora.

— ¡ Bah ! ¿ Lo creéis así ? dijo la favorita.

— Bien se echa de ver, señora condesa, que tenéis la fortuna de no andar en pleitos.

— ¡ Hum ! hizo el señor de Aiguillón para llamar

la atención de madama Dubarry, la cual comprendió por último la insinuación de la pleitista.

— ¡ Ay ! señora, dijo al punto, verdad és ; ahora recuerdo que si yo no tengo pleitos, vos tenéis uno y muy importante.

— ¡ Oh ! sí, señora... cualquiera tardanza me arruinaría.

— ¡ Pobre señora !

— Sería preciso, señora condesa, que el rey tomase una resolución.

— S. M. está muy dispuesto á tomarla, señora ; desterrará á los señores consejeros, y será negocio concluido.

— Pero entonces, señora, la vista de mi pleito se aplaza indefinidamente.

— ¡ Y cómo remediarlo, señora ? Si conocéis algún remedio, tened á bien indicármelo.

La pleitista se ocultó la cara bajo sus tocas, como César bajo su toga al tiempo de expirar.

— Un medio hay, dijo entonces de Aiguillón ; pero tal vez no querrá adoptarlo S. M.

— ¿ Cuál es ? preguntó con ansiedad la pleitista.

— El recurso ordinario del soberano de Francia, cuando se ve muy contrariado, es acudir á un solio de justicia y decir : « Yo lo quiero, » aun cuando todos los oposicionistas quieran lo contrario.

— ¡ Excelente idea ! exclamó madama de Bearn con entusiasmo.

— Pero sería preciso no divulgarlo, replicó de Aiguillón con finura y haciendo un gesto que fué comprendido por madama de Bearn.

— ¡ Oh ! señora, dijo entonces la pleitista, vos que tanto valimiento tenéis con S. M., conseguid que diga : Yo quiero que se sentencie el pleito de madama de

Bearn. Además, ya sabéis que es cosa prometida hace largo tiempo.

El señor de Aiguillon se mordió los labios, saludó con la vista á madama Dubarry y salió del retrete, pues acababa de oír en el patio la carroza del rey.

— ¡ Ahí está el rey ! dijo madama Dubarry levantándose para despedir á la pleitista.

— ¡ Oh ! señora, ¿ por qué no permitís que vaya á echarme á los pies de S. M. ?

— Si es para pedirle un solio de justicia, con mucho gusto, replicó la condesa. Quedaos, señora, puesto que así lo deseáis.

Apenas madama de Bearn había arreglado sus tocas, entró el rey.

— ¡ Ah ! dijo, parece que tenéis visitas, condesa.

— Madama de Bearn, señor.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Luis XV con un tono de rechifla inteligible para todo el que no lo conocía. ¿ Acaso os ha ofendido alguno, madama ?

— Señor, yo pido justicia.

— ¿ Contra quién ?

— Contra el parlamento.

— ¡ Me gusta !... dijo el rey palmoteando. Vos os quejáis de mis parlamentos. Pues bien, hacedme el favor de hacerlos entrar en razón. También yo tengo por qué quejarme de ellos, y os pido justicia igualmente, añadió imitando la reverencia de la vieja condesa.

— Señor, al cabo vos sois el rey, el amo.

— El rey, sí; pero el amo no siempre.

— Señor, manifestad vuestra voluntad.

— No hago otra cosa todas las noches, madama, y ellos manifiestan también la suya todas las mañanas. Y como estas dos voluntades son diametralmente opuestas, sucede con nosotros lo que con la tierra y la

luna que corren eternamente una tras de la otra sin encontrarse jamás.

— Señor, vuestra voz es bastante poderosa para eubrir toda la gritería de esos hombres.

— En eso os equivocáis, pues yo no soy abogado y ellos lo son. Si yo digo sí, ellos dicen no, y es imposible entenderse... ¡ Ah ! si cuando yo digo sí, halláis vos un medio de impedirlos decir no, hago alianza con vos.

— Señor, tengo ese medio.

— Dádmelo al punto.

— Así lo haré, señor. Acudid á un solio de justicia.

— ¡ Un solio de justicia ! En buen apuro me iba á meter. ¿ No sabéis, señora, que un solio de justicia es casi una revolución ?

— Es un medio de decir en las barbas á esos rebeldes que vos sois el soberano. Ya sabéis, señor, que cuando el rey manifiesta de ese modo su voluntad, solo él tiene derecho de hablar, sin que nadie pueda responder. Decidles: *Yo lo quiero*, y bajarán la cabeza.

— Lo cierto es que la idea es pomposa, dijo la Dubarry.

— Pomposa sí, pero no buena, replicó Luis XV.

— Sin embargo, prosiguió madama Dubarry con calor, debe ser magnífico el acompañamiento, los gentiles hombres, los pares, toda la servidumbre militar del rey, una inmensa multitud de pueblo, y luego ese solio de justicia compuesto de cinco almohadones sembrados de flores de lis....

— ¿ Lo creéis así ? dijo el rey un poco perplejo ya en sus convicciones.

— Y no digo nada del magnífico traje del rey, del manto forrado de armiño, los diamantes de la corona, el cetro de oro, todo ese esplendor en fin que tan bien

sienta á un rostro augusto y hermoso. ¡Oh! ¡ estaríais brillante de ese modo, señor!

— Hace largo tiempo que no se ha visto un solio de justicia, dijo Luis XV con afectada negligencia.

— Desde vuestra infancia, señor, dijo madama de Bearn, el recuerdo de vuestra esplendente belleza no se ha borrado de ningún corazón.

— Y luego, añadió madama Dubarry, esa sería una ocasión excelente para que el señor canceller desplecase su incisiva y concisa elocuencia, agobiando á esa gente con el peso de la verdad, de la dignidad y la autoridad.

— Es preciso esperar á que el parlamento cometa algún desafuero, dijo Luis XV; entonces ya veremos.

— ¿Qué desafuero más enorme, señor, que el que acaba de cometer?

— ¿Pues qué ha hecho?

— ¿No lo sabéis?

— Ha tratado de molestar un poco al señor de Aiguillon, y esto no es un delito que merezca pena de horca... Aunque, añadió el rey mirando á la Dubarry, nuestro caro duque es amigo mío. Ahora bien, si los parlamentos han molestado al duque, yo he reparado su malignidad con mi decreto de ayer ó anteayer, no recuerdo el día fijo; de suerte que estamos en paz.

— Pues bien, señor, dijo vivamente la Dubarry, la señora condesa viene á anunciaros que esos señores de las togas negras han hecho una de las suyas.

— ¿Pues cómo? dijo el rey frunciendo el entrecejo.

— Hablad, señora, que el rey lo permite, dijo la favorita.

— Señor, los consejeros han resuelto que no haya tribunal hasta que V. M. no les dé la razón.

— No puede ser, dijo el rey, os engañáis, señora,

ese sería un acto de rebelión, y creo que mi parlamento no se atreverá á rebelarse.

— Señor, es seguro.....

— ¡Oh, señora! Esas son voces que corren.

— ¿Se digna V. M. oirme?

— Hablad, condesa.

— Pues bien, mi procurador me ha devuelto esta mañana el legajo de mi pleito, diciéndome que como no hay tribunal no puede defenderme.

— Os digo que no son más que voces para asustar á los tímidos.

Y al mismo tiempo que decía esto el rey, se paseaba por el retrete muy agitado.

— Señor, ¿da V. M. más crédito al señor de Richelieu que á mí? Porque en ese caso diría que en mi presencia han devuelto al duque sus pleitos, ni más ni menos que á mí, y que el duque se retiró muy irritado.

— Á la puerta llaman, dijo el rey por variar de conversación.

— Es Zamora, señor.

Zamora entró y dijo:

— Mi ama, traigo una carta.

— ¿Me permitís, señor? preguntó la condesa.

— ¡Ay! Dios mío! dijo de pronto.

— ¿Qué es eso?

— Esta carta es del señor canceller, quien ha sabido que V. M. ha tenido la bondad de venir á visitarme, y me ruega intervenga para que le concedáis una audiencia al instante.

— ¿Tendremos otra novedad?

— Haced que entre el señor canceller, dijo la Dubarry.

La condesa de Bearn se levantó y quiso despedirse, pero el rey le dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

— No estáis de más, señora. Buenos días, señor de Maupeou; ¿qué hay de nuevo?

— Señor, dijo el canciller inclinándose, el parlamento os molestaba, pero ya no lo tenéis.

— ¿Pues cómo? ¿Han muerto esos señores? ¿Han tomado arsénico?

— ¡Ojalá!... No, señor, que viven; pero no quieren continuar y hacen dimisión; de suerte que acabo de recoger una porción.

— ¿De consejeros?

— No, de dimisiones.

— ¡Cuando yo os decía, señor, que era cosa seria! dijo la condesa á media voz.

— Y muy seria, respondió Luis XV. ¿Y qué habéis hecho, señor canciller?

— Señor, vengo á tomar órdenes de V. M.

— Desterremos á esa gente, Maupeou.

— Señor, no porque vayan á un destierro habrá tribunal.

— Intimémosles que sigan sentenciando... ¡Bah! ya hemos apelado á las intimaciones... y también al mandato real.

— ¡Ah, señor! esta vez es preciso mostrar carácter.

— Sí, tenéis razón...

— ¡Valor! dijo en voz baja la señora de Bearn á la Dubarry.

— Y presentarse como soberano, después de haber sido tantas veces benigno padre, exclamó la condesa.

— Canciller, dijo el rey con lentitud, no conozco más que un medio, pero grave y eficaz. Quiero que haya un solio de justicia, para que esa gente tiemble de una vez.

— ¡Señor, eso sí que se llama hablar! dijo el canciller; ¡que doblen la cabeza ó que sucumban al rigor de la ley.

— Señora, añadió Luis XV dirigiéndose á la de

Bearn, si vuestro pleito no se sentencian, ya veis que yo no tengo la culpa.

— Señor, sois un gran rey.

— ¡Oh! sí, dijeron en coro la condesa, Chon y el canciller.

— No es eso, sin embargo, lo que dice la gente, murmuró el rey.

XXVI

El solio de justicia

El famoso solio de justicia se celebró con todo el ceremonial requerido, de una parte por el orgullo regio, y de otra por las intrigas que arrastraban al duque á ese golpe de Estado.

Las tropas de palacio se pusieron sobre las armas, disponiéndose una profusión de arqueros de ropilla corta, de soldados de la ronda y de agentes de policía, á proteger al señor canciller, el cual, como un general en un día decisivo, debía exponer su persona sagrada por el buen éxito de la empresa.

El canciller era muy execrado; sabíalo, y si su vanidad le podía inspirar el temor de un asesinato, las personas mejor instruidas de los sentimientos del público acerca de él, podían pronosticarle sin exageración una grande afrenta, ó cuando menos buenos silbidos.

La misma acogida esperaba al señor de Aiguillón, á quien rechazaba seriamente el instinto popular, un poco perfeccionado por los debates de los parlamentos. El rey aparentaba serenidad, pero no estaba tranquilo; mas se le vió admirarse á sí mismo con su magnífico traje, y hacer inmediatamente la reflexión de que nada protege tanto como la majestad. Y aun hubiera podido añadir, y el amor de los pueblos; pero esta era una frase que le habían repetido tanto en Metz, en tiempo

de su enfermedad, que creyó no poder repetirla sin que lo acusaran de plagiarlo.

Por la mañana, la señora Delfina, para quien aquel espectáculo era nuevo, y que quizás deseaba interiormente verlo, tomó un aire dolorido que no depuso en todo el camino, lo cual dispuso muy favorablemente la opinión hacia ella.

Madama Dubarry estaba animosa, pues tenía la confianza que dan la juventud y la hermosura. Además, nada se podía decir contra ella que no se hubiera dicho ya. Se presentó, pues, radiante como si un reflejo del augusto esplendor de su amante llegase hasta ella.

El señor duque de Aiguillón marchaba con osadía entre los pares que precedían al rey, sin que en su cara llena de nobleza y dignidad, revelase ningún pesar ni disgusto. No llevaba la cabeza erguida como un triunfador, y al verlo marchar de aquel modo, nadie hubiera adivinado la batalla que se habían dado el rey y los parlamentos en el terreno de su personalidad.

La muchedumbre le señalaba con el dedo, y de las filas de los parlamentarios le lanzaban miradas terribles... pero á eso se redujo todo.

El salón del tribunal estaba atestado de gente, habiendo entre interesados y curiosos más de tres mil personas.

Por fuera, contenida la multitud por las varas de los alguaciles, los bastones y los arqueros formados en masa, revelaba su presencia con ese murmullo inexplicable que ni es una voz, ni articula nada, pero que se oye sin embargo y puede llamarse con bastante propiedad el rumor de los fluidos populares.

Cuando dejaron de oirse los pasos, cuando cada uno ocupó su puesto y el rey mandó á su canciller con un

aire sombrío y majestuoso que tomase la palabra, reinó el mayor silencio en el salón.

Los parlamentarios sabían de antemano lo que les estaba reservado con el solio de justicia, y comprendían harto bien para qué se les había convocado, debiendo ser para que oyesen la voluntad real un tanto templada: pero conocían la longanimidad, por no decir timidez, del rey, y si algo temían era, más que la sesión, las consecuencias que iba á producir el solio de justicia.

El canciller tomó la palabra; y como decía con mucha facilidad, su exordio fué muy hábil, abriendo ancho campo á las observaciones de los aficionados al estilo demostrativo.

Con todo, el discurso degeneró en una fraternidad tan dura, que la nobleza se sonrió y los parlamentarios empezaron á no encontrarse muy á su gusto.

El rey mandaba por boca del canciller que se abreviasen todos los asuntos de Bretaña, pues ya le tenían cansado; que el parlamento se reconciliase con el duque de Aiguillon, cuyos servicios eran de su real agrado, y que no se interrumpiese la administración de justicia; con lo cual todo pasaría como en la venturosa edad de oro, cuando los arrayos corrían murmurando discursos divididos en cinco puntos y del género deliberativo ó judicial, y cuando los árboles estaban cargados de costales de pleitos, fruta que tenían derecho á coger los señores abogados y procuradores.

Estas golosinas no reconciliaron al parlamento con el señor de Maupeou, ni tampoco con el duque de Aiguillon; pero el discurso estaba pronunciado, y no era posible contestar.

Despechados en extremo los parlamentarios, todos tomaron, con ese admirable conjunto que da tanta

fuerza á las corporaciones constituidas, una actitud tranquila é indiferente, que desagradó en gran manera á S. M. y á la gente aristocrática de las tribunas.

La Delfina se puso pálida de rabia, y como aquella era la primera vez que presenciaba una resistencia por parte del pueblo, calculaba con frialdad á dónde llegaba su fuerza.

Asistiendo como asistía al solio de justicia con la idea de ser muy opuesta, en la apariencia á lo menos, á la resolución que allí se iba á tomar, se sintió poco á poco arrastrada á formar causa común con los individuos de su raza y casta, tanto y tan bien, que á medida que los mordiscos del canciller penetraban más y más en la carne parlamentaria, se indignaba en su fiero orgullo de que no tuviese unos dientes más agudos, pareciéndole que á ella no le hubieran faltado palabras para hacer que aquella asamblea saltase en el salón como un rebaño de bueyes al sentir el aguijón. En una palabra, el canciller le pareció demasiado débil, y los parlamentarios sobrado fuertes.

Luis XV era tan fisonomista como serian todos los egoístas, si al mismo tiempo no fueran perezosos; y dirigió la vista en su derredor para observar el efecto que había causado su voluntad expresada por medio de palabras que le parecían elocuentes.

La palidez de la Delfina, y el ver que se mordía los labios, le revelaron al instante lo que pasaba en su alma.

Por contrapeso, observó la fisonomía de la Dufay, y en vez de la sonrisa de triunfo que esperaba hallar en su boca, sólo vió el deseo vehemente de atraer á sí las miradas del rey, como tratando de conocer su modo de pensar.

Nada intimida tanto á los hombres de ánimo apocado como que otros se anticipen á ellos en materia de

ánimo y voluntad, pues si ven que los observan otros que ya han tomado una resolución, deducen de ello que no han hecho bastante, que van á caer ó han caído en ridículo, y que había derecho para exigirles más que lo que han hecho.

Entonces pasan á los extremos; el tímido se ruboriza y revela de pronto el efecto de aquella reacción, causado por el miedo sobre un miedo menor.

El rey no necesitaba añadir una palabra á las de su canciller, porque ni esto estaba en la etiqueta, ni era preciso; pero se apoderó de él en aquella ocasión el demonio hablador, y haciendo seña con la mano, indicó que quería hablar.

Entonces la atención se convirtió en asombro.

Todos los parlamentarios se volvieron hacia el solio de justicia con la misma uniformidad de movimiento que una fila de soldados bien instruidos.

Los príncipes, pares y militares se conmovieron, porque era muy posible que después de tanto y tan bueno como se había dicho, dijese una gran necedad S. M. C.; pero por respeto no podían designar lo que dijera el rey con el nombre de necedad, y lo llamaron desde luego *una cosa que á nada conduciría*.

El señor de Richelieu, que había tenido cuidado de mantenerse lejos de su sobrino, se acercó en aquel momento á los parlamentarios más furibundos, mirándolos con una afinidad misteriosa de inteligencia.

Pero su mirada, que empezaba á convertirse en rebelde, encontró la de la Dubarry, y como Richelieu poseía mejor que nadie el precioso arte de las transiciones, pasó del tono irónico al admirativo, escogiendo á la hermosa condesa como punto de intersección entre las diagonales de aquellos dos extremos.

Dirigió, pues, de paso á la Dubarry una sonrisa preñada de felicitaciones y galantería; pero aquélla se

dejó engañar tanto menos, cuanto que el anciano mariscal, habiendo, como había, empezado á entablar correspondencia con los parlamentarios y los príncipes que militaban en las filas de la oposición, tuvo que continuarla por no parecer lo que era en realidad.

¡Cuántas perspectivas en una gota de agua, vasto océano para un hombre observador! ¡Cuántos siglos en un segundo, que equivalía á una eternidad imposible de describir! Todo lo que hemos dicho sucedió en el tiempo que empleó Luis XV en prepararse para hablar y abrir la boca.

— Ya habéis oído, dijo con voz segura, lo que mi canciller os ha manifestado acerca de mi real voluntad: ejecutadla pues, porque tal es mi intención y jamás variaré.

Luis XV dejó caer estas últimas palabras con el estruendo y vigor con que se desprende un rayo; de suerte que puede decirse con exactitud que toda la asamblea se quedó como si hubiese caído en medio de la sala una centella.

Todos los parlamentarios sintieron un estremecimiento de terror que se comunicó inmediatamente á la muchedumbre como la chispa eléctrica que corre con rapidez á la punta del cordón. El mismo estremecimiento se apoderó, aunque no tanto, de los partidarios del rey, y la sorpresa y admiración estaban grabados, no sólo en todos los semblantes, sino en todos los corazones.

La Delfina dió las gracias involuntariamente al rey con una mirada que se desprendió de sus hermosos ojos. La Dubarry, electrizada, no pudo menos de levantarse, y hubiera palmoteado sin el temor bien natural que tuvo de ser apedreada á la salida, ó de recibir al día siguiente cien coplas á cual más odiosa.

Luis XV pudo gozarse desde aquel momento en su triunfo.

Los parlamentarios inclinaron la frente siempre con la misma uniformidad de movimiento.

El rey se levantó sobre sus cojines sembrados de flores de lis, y al momento se pusieron en pie el capitán de guardias, la servidumbre militar y todos los gentileshombres.

Los tambores tocaron marcha, las trompetas sonaron fuera, y el rumor casi silencioso que reinó á la llegada de la comitiva, se convirtió en un rugido que se iba apagando á lo lejos á medida que los soldados y arqueros rechazaban á la multitud.

El rey atravesó el salón con arrogancia, sin ver otra cosa á su paso que frentes humilladas.

El señor de Aiguillon iba delante de S. M. sin abusar de su triunfo.

Cuando el canciller llegó á la puerta del salón y vió á lo lejos á todo aquel pueblo, se asustó de las miradas que le dirigían á pesar de la distancia, y dijo á los arqueros:

— Apañaos en mi derredor.

El señor de Richelieu, á quien el duque de Aiguillon hizo un saludo profundo, dijo á su sobrino:

— ¡Cuidado, duque, con que mañana ú otro día se alcen esas cabezas que hoy se bajan tanto!

La Dubarry pasaba en aquel momento por el pasadizo con su hermano, la mariscal de Mirepoix y varias damas; oyó las palabras del anciano mariscal, y como tenía más agudeza que rencor, dijo:

— ¡Oh! nada hay que temer, mariscal, ¿no habéis oído las palabras de S. M.? El rey ha dicho, si no me equivoco, que nunca variará.

— Efectivamente, son palabras muy terribles, señora, respondió el anciano mariscal sonriéndose; pero

afortunadamente para nosotros no han visto esos pobres parlamentarios que al mismo tiempo que decía que nunca variaría, os miraba el rey.

Y terminó este madrigal con una de esas reverencias que ni aun en el teatro se saben hacer hoy.

Como la Dubarry era mujer, y en manera alguna política, sólo vió un cumplimento en lo que al señor de Aiguillon pareció epigrama y amenaza.

Así es que contestó con una sonrisa, mientras que su aliado se mordía los labios y se ponía pálido al ver que aun duraba el resentimiento del mariscal.

El solio de justicia causó desde luego un efecto favorable para la causa del rey; pero, por muy grande que sea un golpe, muchas veces no hace sino aturdir, siendo de observar que pasado el aturdimiento circula la sangre con más vigor que antes.

Esta fué á lo menos la reflexion que hizo al ver salir al rey con su pomposa comitiva, un corto grupo de personas vestidas con sencillez y colocadas, sin duda para observar, en la esquina del muelle de las Flores y de la calle de la Barillerie.

Aquellas personas eran tres, y reunidas en aquel ángulo por casualidad, desde allí habian observado, al parecer con interés, las impresiones de la multitud. Aunque no se conocian, una vez puestas en relacion por algunas palabras que cambiaron entre sí, diéronse cuenta de la sesion aun antes de que se acabase.

— Ya están las pasiones bien maduras, dijo uno de ellos, que era un anciano de brillantes ojos y honrado semblante... Un solio de justicia es una grande obra.

— Sí, respondió sonriéndose con amargura un joven; sí, caso de que la obra correspondiera exactamente á las palabras.

— Me parece, replicó el anciano volviéndose, que os conozo; según creo, os he visto otra vez

— No os engañáis, señor Rousseau, nos vimos el 31 de mayo por la noche.

— ¡ Ah ! vos sois aquel joven cirujano, mi compatriota; el señor Marat, en fin.

— Servidor vuestro.

Y se hicieron mutuamente una reverencia.

Aun no había tomado la palabra el tercero, que era un hombre joven también y de noble semblante, y que, durante toda la ceremonia, no había hecho otra cosa que observar la actitud de la muchedumbre.

El cirujano fué el primero que se marchó, engolfándose en medio de las oleadas del pueblo, quien menos agradecido que Rousseau, le había olvidado ya, pero á cuya memoria esperaba apelar algún día.

El otro joven esperó á que se marchase, y dirigiéndose entonces á Rousseau, le dijo :

— ¿ Y vos no os marcháis ?

— ¡ Oh ! ya soy demasiado viejo para ir á meterme en esa barahunda.

— En ese caso, repuso el desconocido bajando la voz, ¡ hasta esta noche, en la calle Platriere ! ¡ No dejéis de concurrir, señor Rousseau !

El filósofo se estremeció cual si hubiera visto ante sí una fantasma. El color de su rostro, pálido de ordinario, se puso cárdeno; quiso responder á aquel hombre, pero había desaparecido ya.

XXVII

Del efecto que produjeron en J. J. Rousseau las palabras del desconocido

Después de haber oído aquellas singulares palabras pronunciadas por un hombre á quien no conocía, Rousseau atravesó temblando las oleadas de gente, y sin acordarse de que era viejo y de que temía á la multitud, se abrió paso y se halló muy pronto en el puente de la Catedral. Luego, siguiendo pensativo é interrogándose á sí mismo, cruzó el barrio de la Greve que conducía más directamente al suyo.

— ¿ Conque cualquier desconocido posee ese secreto que todo iniciado está obligado á guardar? se dijo interiormente.

— ¡ He ahí lo que ganan las asociaciones misteriosas con pasar por el tamiz del pueblo !... Un hombre me conoce, y sabe que soy su consocio, y tal vez su cómplice. Semejante estado de cosas es absurdo é intolerable.

Y diciendo estas palabras, Rousseau aceleraba el paso, él que solía ser tan precavido, especialmente desde su percance en la calle de Menilmontant.

— Así, continuaba el filósofo, habré cometido la necesidad de querer conocer á fondo esos planes de regeneración humana propuestos por ciertos hombres que se engalanan con el título de iluminados; habré cometido la locura de creer que pueden brotar buenas